

Fecha: 23/02/1991

Título: Cataclismos de la libertad

Contenido:

Vuelvo a Polonia después de 16 años y muchas cosas han cambiado (para mejor, la mayoría), pero no el teatro, que sigue siendo tan bueno como antaño. He venido para el estreno de una de mis obras, *La Chunga*, en el Stefana Jaracza, de Lodz, y luego de la función agradezco al director y a los actores el espectáculo, que me ha conmovido hasta los huesos.

Pero ellos, como el resto de los 65 actores, escenógrafos, traductores, tramoyistas, lectores, que trabajan aquí bajo la batuta del inteligente Bogdan Hussakowski, están con el alma en un hilo y se preguntan por cuánto tiempo más seguirán montando obras en los dos escenarios con que cuentan (y si se terminará el tercero en construcción). Pero cómo, ahora que Polonia es un país libre, ¿se sienten amenazados? Sí, precisamente, ahora que Polonia se sacude el socialismo de encima, ellos y todos los profesionales de la cultura corren el riesgo de ser las víctimas de la libertad.

Mi conversación en Lodz reproduce casi literalmente otra que he tenido en Varsovia con un grupo de escritores, traductores y editores en la redacción de *Literatura Na Swiecie* (Literatura del Mundo), revista mensual que desde hace muchos años dedica números monográficos a las literaturas y autores extranjeros.

¿Por cuánto tiempo más seguirá haciéndolo? La revista tiraba antes 30,000 ejemplares y ahora la mitad. Pero como pronto dejará de recibir subsidios el tiraje se reducirá a casera ventana al mundo que es *Literatura Na Swiecie* corre el riesgo de cerrarse.

Porque ¿quién estará dispuesto a pagar el equivalente de 10 o 15 dólares por una publicación que costó siempre unos pocos centavos? ¿Y quién irá al teatro Stefana Jaracza si las entradas, que ahora cuestan 80 centavos de dólar, deben multiplicarse por 10? (Cuando digo a mis amigos de Lodz que una entrada promedio del teatro en los Estados Unidos, cuesta entre 30 y 40 dólares, y una de ópera entre 100 y 150, me miran aturdidos, creyendo que exagero).

El socialismo, en el campo de la cultura, significa, por una parte, los comisarios, la censura, la instrumentalización del intelectual y el artista para fines de propaganda y la persecución del disidente y del díscolo con una panoplia de posibilidades que van desde el simple ostracismo hasta la cárcel. Y, por otra, subsidios considerables para los libros, la música, el teatro, las películas, la danza, etcétera, que de este modo pueden en teoría mantener una categoría artística elevada y estar al alcance de grandes públicos.

Y, para el artista y el intelectual dócil o políticamente inocuo, significa también el privilegio, pasar a formar parte de ese diez por ciento de personas -según calcula el profesor Ralf Dahrendorf en su libro *Reflections on the revolution in Europe*- que constituyen la oligarquía de una sociedad totalitaria: becas, bolsas de ayuda, viajes al extranjero en delegaciones oficiales, acceso a las colonias de vacaciones, puestos más o menos fantasmas dentro de la vasta burocracia cultural y la tranquilidad de poder escribir, pintar, componer, actuar, sin tener encima la espada de Damocles de cómo hacer al día siguiente para parar la olla.

Con el desplome del socialismo, los intelectuales y artistas de Polonia han visto desaparecer a los comisarios y a los censores políticos; pero, también, aquella seguridad que los subsidios estatales daban a muchos creadores y profesionales respetables y permitían, por ejemplo, a un

editor publicar un libro muy largo y muy difícil atendiendo sólo a su calidad, sin preocuparse de si el público lo compraría, y a los directores formados en la excelente escuela cinematográfica de Lodz (amenazada también de cierre, me dicen) concebir películas de improbable éxito comercial.

El debate que tiene lugar en Polonia sobre si, en una sociedad libre, el Estado debe subsidiar la cultura, y cómo y dentro de qué límites hacerlo, es apasionante por dos razones.

La primera, porque en ningún otro país ex socialista el proceso de liberalización de la sociedad es tan radical como en este país, y, en contra de lo que se pudo temer por lo que hizo y dijo en la campaña electoral, Lech Walesa no parece dispuesto a frenarlo, sino más bien a acelerarlo. (El privatizador Balcerowicz sigue de ministro de Economía, y el nuevo primer ministro, Bielecki, es también un liberal).

Y, la segunda, porque ninguno de los grandes pensadores de la sociedad abierta, de Popper a Hayek o de Ludwig von Mises a Robert Nozick, ha reflexionado en profundidad sobre este tema.

En ninguno de los países democráticos hay en este campo una política que se pueda llamar ejemplar, un modelo para los otros.

Lo más que se puede decir es que, en algunos, parece haber más aciertos que desaciertos y en otros lo contrario en lo que concierne a política cultural.

Por lo demás, en todos ellos se subsidian las actividades culturales, a veces directamente, a través de ministerios o reparticiones oficiales, y a veces de manera indirecta, a través de fundaciones, empresas o particulares a los que el Estado incita a subsidiar la cultura mediante exenciones tributarias (aquel es el sistema latino y este el anglosajón, simplificando).

Quienes defienden la necesidad de que el Estado subvencione la vida cultural alegan que si se deja al mercado decidir la suerte de la poesía, la ópera, el ballet, etcétera, éstas y otras actividades artísticas perecerán o degenerarán, ya que el criterio comercial raras veces coincide con el estético.

El mercado, razonan, desplaza los productos artísticos inconformes, experimentales, novedosos, e impone lo convencional, lo tradicional, lo trillado, lo vulgar.

Así como el Estado tiene la obligación de velar por el patrimonio cultural de un país y preservar sus monumentos históricos, sus museos y sus bibliotecas, añaden, debe también responsabilizarse por su coeficiente artístico, por sus niveles de sensibilidad, por el enriquecimiento de su lengua y su imaginación y todo ello exige una resuelta política de alicientes a aquellos quehaceres creativos que difícilmente sobrevivirían económicamente librados a sí mismos.

Este criterio, ciertamente respetable y que puede mostrar muchos ejemplos en abono de sus tesis, es el del despotismo ilustrado. Parte de un supuesto que, por cierto, no es totalmente abusivo: que, en materia de arte, al pueblo lo que le gusta es la bazofia.

Por ello es preciso que el Estado cumpla en la sociedad moderna aquella función de mecenazgo que en la Edad Media y el Renacimiento tuvieron la Iglesia y los príncipes y que permitió a tantos artistas producir aquellas obras de las que la humanidad hoy se enorgullece y que difícilmente habrían visto la luz si su existencia hubiera dependido del consumo popular.

Si los ilustrados y los cultos no ejercen alguna forma de tutoría sobre los hombres del común, éstos, librados a su suerte en el dominio cultural, irán probablemente contra sus propios intereses, endiosando al mediocre y al impostor y volviendo la espalda al auténtico y al genio.

(“Si la BBC tiene que competir por su existencia con televisoras comerciales, la televisión británica decaerá muy pronto a niveles norteamericanos”, le oí decir no hace mucho a una escritora inglesa). La libertad, pues, debe ser irrestricta sólo en lo que concierne a la creación de la cultura; en lo relativo al consumo, es indispensable cierta discriminación (eso es el subsidio) que logre preservar los niveles de calidad y que siga habiendo montajes tan imaginativos del teatro isabelino como los que hacía la Royal Shakespeare Company (que, por haber reducido los subsidios el gobierno inglés, cerró sus puertas hace cuatro meses).

Ahora bien, ¿es posible optar solamente por los beneficios de la libertad, suprimiendo sus riesgos? En el campo político, la libertad de elegir no garantiza que ocupen el poder siempre los más honestos y los más capaces.

Y, en el industrial, el mercado tampoco ofrece seguridad alguna de que sean los empresarios que fabrican los productos de mejor calidad los de mayor éxito.

En estos, como en otros dominios, la libertad es inseparable del derecho a equivocarse, a retroceder, a ir contra los propios intereses.

¿Por qué debería ser diferente en lo relativo a la cultura en general, y, más específicamente, en las artes y las letras? Una sociedad que hace suya la opción de la libertad debería resignarse no sólo a correr el riesgo de tener malos gobernantes y defectuosos productos industriales, sino también una cultura pobre, un teatro soporífero y una literatura pestilencial.

No hay duda que, privados de subsidios, ciertas actividades y géneros artísticos se verán en dificultades en Polonia; por lo tanto, quienes los aman y consideran imprescindibles deberán hacer sacrificios y mayores esfuerzos económicos para seguir disfrutando de ellos.

Es posible que esto merme el consumo de ciertos productos culturales, pero se equivocan quienes temen que ello también mermará la creatividad o el genio artístico individuales. Por el contrario, en este último la dificultad suele ser un estímulo más fecundo que el halago o la dádiva.

Ni Kafka, ni Joyce, ni Proust necesitaron apoyos del Estado para escribir lo que escribieron, ni la obra de Wajda, de Tadeusz Kantor o de Grotowski resultaron de las subvenciones liberales del socialismo.

Y estos seis creadores, pese a no ser fáciles y exigir de sus lectores o espectadores un esfuerzo intelectual, encontraron un público que para los seis ha ido ensanchándose, como los círculos concéntricos.

Una sociedad debe tener el arte y la literatura que se merece: lo que es capaz de producir y los que está dispuesta a financiar.

Y es bueno que los ciudadanos asuman también en este campo sus propias responsabilidades sin abdicar de ellas en manos de los funcionarios, por ilustrados que éstos sean.

Si un campesino, un bombero, un recogedor de basura, deciden con sus votos una cuestión tan neurálgica como la de quién va a gobernar a un país —decidir quién lo va a hacer prosperar o a

arruinar, quién va a mantenerlo en paz o precipitarlo en una guerra—, ¿por qué no reconocerles también el derecho de decidir qué quieren leer, espectral, sin intermediarios burocráticos?

Esto no significa, desde luego, que el Estado no tenga responsabilidad cultural alguna. La tiene en la educación. Quienes amamos los buenos libros, las buenas composiciones, los buenos montajes, las buenas películas, debemos luchar porque el Estado promueva una educación en la que las letras y las artes merezcan la misma consideración que las ciencias exactas. Pero tampoco en la educación debe ser la del Estado la única palabra; el monopolio en los colegios y las universidades, en los colegios y las universidades, como en los medios de comunicación, es nocivo y la competencia es saludable.

Que el Estado invierta los recursos de una nación de tal manera que garantice una educación pública de alto nivel es indispensable a fin de ofrecer a los jóvenes de cada promoción esa igualdad de oportunidades que las desigualdades económicas resultantes de una libertad de mercado amenazan siempre con destruir.

Esa debería ser, junto con la protección del patrimonio histórico, la única función cultural del Estado: una política educativa orientada a formar ciudadanos capaces de distinguir por sí mismos productos artísticos de calidad de la bazofia, dispuestos a gastar en una pieza de teatro o en un libro tanto o más de lo que gastan en un partido de fútbol o un concierto de Madonna.

Hago votos porque el admirable pueblo de Polonia y sus revistas de literatura sobrevivan a los cataclismos de la libertad. Y, también, porque el pueblo polaco, con el mismo coraje con el que supo enfrentarse y derrotar a los comisarios culturales, resista a los nuevos aspirantes a censores que, envalentonados por la reciente victoria, comienzan desde los pulpitos a dictar anatemas y ucases en materia literaria y artística.

Lodz, enero de 1991.